

y su obra sus tres «novelas», son útiles sin ella proponérselo, sin ninguna clase de «compromiso», porque es ella misma encarnada en lo que escribe, y con ella pueden identificarse millares, millones de seres humanos, todos los que experimentan, día a día, la crueldad de otros, todos los que sufren injusticias. ■ E. G. R.



Kibutz e Imperialismo

Francisco J. Carrillo conoce a fondo el problema palestino. Lo abordó, en un principio, desde el ángulo israelí, cuando estudió sobre el terreno la estructura agraria del nuevo estado. Poeta y periodista, Carrillo ha desarrollado en los últimos años una extensa labor, alguno de cuyos resultados he-

mos examinado aquí anteriormente. Ahora ha vuelto a adentrarse en su tema favorito, el árabe-israelí, en un libro de enorme interés para el preocupado por este problema, pues, aparte de defender unas tesis que revisan en profundidad toda la postura inicial del autor y exponer con estricta objetividad los terminos en que hoy se plantea el conflicto palestino, poniendo de relieve las razones que asisten a los guerrilleros anti-sionistas en su lucha contra las tropas de Dayan, recoge los más importantes documentos relativos a la cuestión israelí, incluidos algunos de la organización Al-Fatah, la más importante de las que operan dentro del territorio controlado por los judíos. Este libro, «Sionismo y Comunas y nueva estrategia en Oriente Medio» (Ediciones de Cultura Popular, Barcelona), se halla encabezado por un prólogo del profesor Maxime Rodinson, de la Escuela Práctica de Altos Estudios de la Sorbona, donde Carrillo se está especializando actualmente. El problema israelí aparece descrito con gran sencillez y amenidad en el texto de Francisco J. Carrillo, quien reconoce con ejemplar honestidad intelectual el giro copernicano que han experimentado sus puntos de vista respecto a la temática centrada en la permanente guerra de Oriente Medio. Su análisis clarifica los términos político-ideológicos de la para muchos confusa dialéctica israelo-árabe, siempre interterrida por posturas apriorísticas y generalmente sentimentales.

CANNES 69

Notas a la mitad de un Festival no contestado

Unas horas después del envío de esta primera crónica se proyectará la película española a concurso: «España otra vez», de Jaime Camino. El realizador pasará apenas unas horas en Cannes, ya que se encuentra rodando en Mallorca su película sobre Georges Sand y Chopin, con Lucía Bosé al frente del reparto. De la acogida del film hablaré en mi próximo envío. Del film en sí mismo ya lo hice en estas mismas páginas con ocasión de su estreno en Madrid. Hasta ahora, mediado el certamen, una sola obra absolutamente extraordinaria, digna sin duda de alcanzar el Gran Premio sean cuales sean las sorpresas que aún pueda reservar el programa: «Antonio das Mortes», de Glauber Rocha, autor de «Dios y el diablo en la Tierra del Sol». Obra excepcional, riquísima, modelo para una cinematografía del Tercer Mundo, sobre la que, dada su importancia, me ocuparé por separado. Fuera del pro-

grama oficial; otro descubrimiento, el de «Diario del ladrón de Shinjuku», de Nagisa Oshima, que ya el año pasado había llamado poderosamente la atención con «El ahorcamiento». Luego, la habitual sucesión de obras en las que la calidad sin sorpresas alterna con la decepción, el entusiasmo mitigado con la irritación.

Cannes, este año, ofrece, si no una calidad excepcional, sí una cantidad de proyecciones, interesantes «a priori» la mayoría de ellas, hasta ahora igualada. Aproximadamente una treintena de films diferentes se proyectan cada día en las diferentes salas que, dentro y fuera del Palacio, están a disposición del Festival. Concurso, Semana de la Crítica, Mercado del Film, Jornadas Nacionales y Proyecciones Independientes se unen a la Quincena de los Realizadores o del Cinema en Libertad que supone la conquista más concreta de los «contestadores» de



«Antonio das Mortes», de Glauber Rocha (Brasil).

mayo del año pasado y en la que, a razón de cinco sesiones diarias —la última a medianoche— se proyectan, gratuitamente, en sesiones a las que todo el mundo tiene acceso, films «de autor» de diferentes países, entre los cuales figuran muchos de los más interesantes programados durante estas exhaustivas semanas. Evidentemente, se impone una selección. Un sencillo cálculo matemático revela la imposibilidad, aun privándose de comer y dormir, de visionar la totalidad del material exhibido. En muchos casos, la selección se opera por sí misma. En otros, hay que correr el albur del error, arriesgarse a perder una obra de un interés relativo pero seguro para asistir a la proyección de otra que igual puede ser extraordinaria que no ofrecer el menor aliciente. En todo caso, y aunque pueden ponerse defectos a un horario no sólo sobrecargado, sino en ocasiones irracional, no cabe duda de que la experiencia es apasionante y, para quien viene de un país donde el hambre cinematográfica sigue siendo grande, agobiadora.

La contestación no parece, hasta ahora, haber tenido otros efectos. En lo esencial de su estructura el Festival sigue siendo el mismo, con sus premios, su subordinación a los intereses de los productores y, en un terreno más anecdótico, sus «pompas y vanidades» traducidas en la exigencia del «smoking» y los cócteles en la terraza. Las «starlettes» parecen definitivamente arrinconadas y provisionalmente reemplazadas por un fabuloso despliegue de policía cuya inutilidad, hasta el momento, resulta palmaria. El público de las sesiones «de gala» sigue aplaudiendo enfervorecidamente las obras menos interesantes y rechazando, al menos pasivamente, las que realmente aportan algo nuevo. Pero esto, mientras no haya una variación de tipo estructural en la política y orientación de los Festivales, parece algo inevitable.

Del Concurso, como queda dicho, destaca, a muchos codos de distancia, el film brasileño. Ha decepcionado, en cambio, el húngaro de Miklos Jancso, «Ah! Ca ira», al que mientras unos acusan de stalinista otros tachan de fascista sin que haya logrado satisfacer a nadie. Han hecho igualmente la unanimidad, en el sentido opuesto de aceptación sin entusiasmo, el «If», bri-

tánico, de Lindsay Anderson y el «Adalen 31», sueco, de Bo Widerberg, y ha dividido apasionadamente las opiniones el «Dillinger e morto», de Ferreri. El resto de los films hasta ahora proyectados han pasado sin pena ni gloria, y de ellos me ocuparé en la medida en que lo merecen al hacer en el próximo número un análisis de lo ofrecido por las distintas cinematografías nacionales participantes en una u otra sección del certamen.

En lo que se refiere a la Palma de Oro, todas las «quinieles» dan como ganador a «Z», el film de Costa Gavras aún no proyectado, pero que los críticos franceses, naturalmente en mayoría, ya conocen por haber sido exhibido comercialmente. Se trata de una transposición del asesinato de Lambrakis, dirigente político griego, y de un ataque apenas enmascarado al régimen de los coroneles. Si las previsiones se cumplieran, hay que esperar que al menos el Premio Especial del Jurado —puesto que premios hay— vaya al film de Rocha. Aunque, después de lo ocurrido en años anteriores en que el máximo galardón fue a parar a films como «Los paraguas de Cherburgo», «Signore e signori» o «Un hombre y una mujer», pueden esperarse las mayores aberraciones, aun con un Jurado presidido por Luchino Visconti.

No se trata, evidentemente, de multiplicar unos premios que tienden a desaparecer —en los próximos certámenes de Moscú y Venecia parece que no habrá—, pero el hecho es que mientras siga habiéndolos, las recompensas pueden y deben favorecer ante todo a los films que, sin ellas, difícilmente encontrarían una amplia distribución internacional o incluso nacional, mientras que son algo completamente accesorio e incluso inútil para obras que, con o sin ellas, tienen de antemano asegurada una audiencia. Pero, a la hora de la verdad, son muchos y muy poderosos los factores extracineamatográficos —de los políticos a los económicos, pasando por los de orden puramente diplomático— que se ponen en juego para el establecimiento de un Palmareo. Queda, aún, una semana de proyecciones y pueden ocurrir muchas cosas, pueden producirse muchas sorpresas. Pero no es previsible que ninguna de ellas lo sea a escala fundamental. ■ C. S. F.



«Diario del ladrón de Shinjuku», de Nagisa Oshima (Japón).



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Hero Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra, Fiel y Archivo.